



Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO
DIRECTOR: C. COLOMER MARQUÉS

AÑO II

GRANOLLERS, 11 MAYO DE 1941

NÚM. 37

LA FALANGE AUN Y SIEMPRE

«Nada tan alentador, tan estimulante para el falangista como la lucha franca, cara a cara, cuando siente sus cuadros diferenciados y concretos frente a un enemigo definido y también concreto. Nada, por el contrario, más enervante, más descorazonador que vivir la batalla de la confusión, en la que «todos somos unos», y entre ese «uno de todos» el enemigo se embosca y escurre, saliéndonos al paso en todos los caminos — y en los que creemos caminos propios — con la hostilidad, con la trampa, con la deformación y con el engaño. Surge entonces la rabia del acoso, y luego la angustia de la duda, y el asco después, y más tarde la tentación del desaliento. Sólo advertir entonces que desde fuera alguien espera y cree, puede devolvernos la virtud de la resistencia, la claridad para resucitar en la conciencia — de entre toda la costra opresora — la certidumbre de la propia razón y del propio deber.

Así ha de suceder a aquellos de nuestros camaradas más resueltamente implicados en las tareas diarias del mando político entre esta atmósfera confundida y provisional, en la que — por razones tantas veces explicadas y por otras azarosas y raras — le ha tocado vivir a la Falange algunas de sus etapas. No son ya solamente las estrecheces y obstáculos fatales nacidos de la gran convulsión nacional, heredados de las viejas traiciones y agravados por la cruda hora del mundo. Junto a eso y sobre eso han de soportar la presencia y la acción — y hasta la mezcla — con esas zonas de mezquinos y turbios campeones de la falsificación y del escamoteo, de los partidarios de las «cosas arregladitas y fofas», de la «miopía oportunista y de mano izquierda», de los fantasmones, en fin, que se creen indispensables — y lo serían, en efecto, para consumir la ruina de España — y que sólo son buenos para enturbiar y envilecer el aire de nuestra política y para frenar y desviar los más puros arranques de nuestra propia obra.

Y los mejores, los más fervorosos, los que tienen un sentido más claro, exigente y revolucionario de España y son — sobre todo — los más irritadamente leales al mando, han de emplear lo mejor de sus fuerzas en defenderse del ambiente de bloqueo moral con que los oprimen y desgastan precisamente aquellos — quizás, a veces, coreográficamente encamisados de azul — en quienes la ambición política no es sino egoísmo rencoroso y venal y el servilismo oficioso, deslealtad meditada.

Nada extraño es que a quienes están dispuestos a «caer

en la lucha con el alma herida», porque sólo combaten por la ambición de España — a los falangistas verdaderos, decimos —, les tiende, al fin, la desesperación y lleguen a creer que aquella fe revolucionaria en una doctrina que sólo morirá en ellos cuando ellos mueran, es la fe ya inútil en una empresa irrealizable.

Pero alguna vez — basta que sea por unas horas — puede romperse esta costra aislante. Se salva la ciudad, enrarecida por la tarea terca y perversa de los simuladores, y se desemboca en la España al aire libre: en Mota del Cuervo, por ejemplo.

Y aquello que creímos acosado y a punto de desaliento se nos aparece allí vivo y puro, exaltado y auténtico, radiante de entusiasmo y de esperanza. Es el pueblo falangista — la multitud de España, de la verdadera — que conserva aún el temple y el tono y el ansia del buen tiempo, que no ha pasado. Infinitamente más alta y resuelta la querriámos aún, y así estaría de ir todo viento en popa. Pero basta con esto: con el punto en que la dejamos antes de nuestra confusión. Allí está; espera y cree. No sabe nada de nuestra mala desazón porque la atmósfera paralizante y mixtificadora no llega hasta allí, no aguanta la intemperie, que es clima bueno para la Falange. Sufren, esperan honradamente las miradas, ansiosas de resueltas voces de mando, se tensan los cuerpos, dispuestos a la obediencia más difícil. Aquí está la Falange que no nos dirá: «es tarde» para andar el camino de la revolución y del honor de España.

Entonces — ante esto — se revuelve y se rehace toda la conciencia. Se sabe de fijo, ante esto, que la Falange debe lograr su obra y que, basten o no sus hombres para toda la tarea del mando político, no podrán mirar impasibles — ni siquiera angustiados — que en esas tareas se mezclen gentes que contraríen, defrauden o traicionen la decidida fe de este pueblo apretado y ansioso. Pero, sobre todo, esto no puede perderse ni malograrse. No es lícito el desánimo. Debemos esperar con coraje actuante. Deben rehacer su aliento aquellos a quienes más toca sufrir. Esta Falange popular y fresca no puede ser desamparada. Esta — y nosotros con ella — cree en la revolución y cree en el sagrado compromiso de nuestro Jefe nacional, que ha proclamado ante la faz de España la integridad irrevocable de la doctrina nacional-sindicalista, neta, inconfundible, imposible de falsificar.

Pero si hay que volver con el ánimo rehecho y la fe encendida, hay que volver también con la dura y obstinada conciencia de que esta Falange popular y resistente no puede afirmar con su entereza el pedestal de los traidorzuelos y envenenadores, no puede — en suma — ser expuesta a su propio desencanto, que sería — ¡para cuánto tiempo! — el desencanto de España.

(De «Arriba», 4 Mayo de 1941)